

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
9 de octubre de 2016
2Re 5,14-17 / 2 Tim 2,8-13 / Lc 17,11-19

Hermanos,

El evangelio de Lucas, que es lo que ha ido iluminando nuestra fe cristiana a lo largo de los domingos de este año litúrgico, nos lleva hoy y los domingos siguientes a caminar con Jesús hacia Jerusalén, hacia el cumplimiento definitivo de su obra redentora. Y nos serán leídos, junto con el fragmento que acabamos de escuchar, algunos episodios que sólo Lucas reporta en su narración evangélica, haciéndonos entrar así en algunos de los temas más importantes de su catequesis cristiana. Una de las cosas, por ejemplo, que a Lucas le gusta subrayar es el interés de Jesús por los débiles, por los pecadores, por los enfermos y abandonados: a todos ellos Jesús se dirige con un gesto de misericordia y de perdón, haciéndonos descubrir así la cercanía y el amor solícito del Padre.

El fragmento evangélico de hoy nos ha ofrecido un ejemplo. Lucas es el único de los cuatro evangelistas que lo narra, mostrándonos así la faceta misericordiosa de Jesús hacia estos marginados de la sociedad que eran los leprosos: tenían que vivir alejados de la población y, cuando se acercaban a alguien para pedir caridad o simplemente porque se cruzaban por el camino, debían advertir desde lejos la enfermedad que padecían: una enfermedad contagiosa y legalmente impura. Eran unos marginados. Por otra parte, siguiendo la misma línea, a Lucas le gusta recalcar que la salvación y el don de la fe no son exclusivos del pueblo judío: todos los hombres, sean pecadores o sean no judíos, son objeto del amor y de la misericordia de Dios. En el episodio de los diez leprosos, el único que oye la palabra salvadora de Jesús: "Tu fe te ha salvado", es un samaritano, un extranjero del pueblo judío, un cismático. Aquí es bueno recordar que sólo Lucas también nos relata la parábola del buen samaritano, el cual, frente al sacerdote judío y al levita, que por escrúpulos religiosos y legales no son capaces de socorrer a un hombre necesitado, es capaz de apiadarse y de auxiliar a un hombre herido y abandonado. El evangelista nos quiere decir con esto que la fe es un don abierto y ofrecido a todos, es un don universal, que no tiene fronteras, que no está encadenado ni circunscrito a una raza o a personas determinadas. La fe no es un mérito ni un derecho adquirido, al igual que todos, sean creyentes o no, están capacitado para hacer el bien. El caso de los diez leprosos es similar a la parábola del buen samaritano. De los diez pacientes, nueve son judíos y uno, samaritano. Todos piden ser curados y lo son. Jesús les manda que cumplan la ley de presentarse a los sacerdotes para que acrediten que ya están curados. Una vez curados, sólo el samaritano vuelve atrás para dar gracias a Jesús y manifestar así su fe en el Mesías salvador.

La queja de Jesús: "¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?" Y la palabra de vida que Jesús le dirige: "Levántate, vete; tu fe te ha salvado", nos descubre el valor del agradecimiento, no sólo como forma de cortesía, sino como acto explícito de fe. El agradecimiento siempre es un reconocimiento sincero de aquel que nos hace un don, un favor, una gracia. El agradecimiento, a través del don y de la gracia, nos hace descubrir a Quien lo hace. Y, en el caso de los leprosos del Evangelio, el samaritano, a través de la curación, descubre la persona de Jesús como salvador, un Jesús que es más importante que la Ley de Moisés y más importante que los sacerdotes del templo que podían dictaminar sobre la curación de que habían sido objetos los leprosos. Los otros nueve no son capaces de hacer este descubrimiento y se quedan con el cumplimiento de la norma. Jesús, con su gesto misericordioso, nos

abre el camino de una salvación nueva, más allá de todo legalismo y de toda rutina. La gracia de Jesús siempre se nos presenta como un don inesperado, al igual que la vida que es una sorpresa constante, un don que debemos saber agradecer.

Hermanos, ahora expresaremos comunitariamente nuestra fe y juntos, con alegría, daremos gracias a Dios por este don de la fe que nos ha sido concedido por gracia de Jesucristo celebrando su sacramento de la Muerte y de la Resurrección y por la comunión de su cuerpo y de su Sangre nos uniremos estrechamente a Él tal como nos dice san Pablo en la segunda lectura. Que más allá del gesto ritual, nuestra presencia hoy -y en cada celebración cristiana- sea un descubrimiento más profundo y más sincero de Jesús y, a través de Él, del Padre que todos nos ama.